

RELATO, MODALIDAD C.

TODO LLEVA A DOS ENAMORADOS

Aunque parezca que fue hace unos pocos días el reír y cantar con una sidra en la mano en las verbenas en San Roque, ha llegado el otoño. En el paseo del parque se puede advertir ya la esencia de esta estación, con su singular aroma a café y castañas recién hechas en los pequeños puestos callejeros que descansan bajo los castaños que adornan las aceras. Los campos vuelven a ser verdes gracias a las lluvias, y los árboles caducifolios que dan vida a los pequeños bosquecillos que rodean Tineo ahora han cobrado las más preciosas combinaciones de colores cálidos. Es curioso cómo, mientras en verano todas las hojitas son de un color unificado, unos meses más tarde cada una independiza su tonalidad del resto de sus hermanas. Aplicando esta metáfora a mi vida, yo probablemente sería una hoja azul al llegar el otoño.

Camino despacio, tratando de olvidar todas mis preocupaciones, deseando sentirme tan plácido y ligero como esas hojas coloridas que descansan sobre el pavimento y, de vez en cuando, forman pequeños remolinos que acarician las baldosas del camino. Como de costumbre, hago una pequeña parada para contemplar una hermosa casa de muros de piedra situada a las afueras del pueblo que me cautivó desde pequeño. De sus ventanales llevan más de un año colgados carteles que rezan “Se vende”. No me puedo creer que todavía no haya sido adquirida por una familia, con su hermoso balcón de madera oscura,

inmenso jardín, y por supuesto panera de aspecto nuevo cuya escalera está cubierta casi por completo de enredaderas.

Inspiro y expiro la paz de la calle silenciosa y fantaseo con mi futura vida feliz en aquella vivienda, pero un gélido viento no tarda en romper mi efímera tranquilidad. Apartándome los mechones rebeldes de los ojos, me apresuro en buscar un lugar con calefacción para resguardarme un rato.

Dando un sorbo al cappuccino que pedí “para llevar” me decido por entrar a la biblioteca pública. Hace años, solía pasar las tardes acurrucado en una butaca de color granate gastada que se encontraba entre las estanterías de la sección de romance, mi preferida.

Tras atravesar los laberínticos pasillos, la encuentro y trago saliva al recordar los tiempos que pasé en ese pequeño rincón. Tiempos en los que yo era un chaval de quince años en buscando que esas estanterías me guareciesen de los niños execrables que me acosaron durante años. Esos mismo que hicieron que a mis veintidós años aún no haya vivido el romance de ensueño que siempre, en el fondo, deseé. Porque aprendí a huir, resultó más fácil disfrutar ayudando a mi padre con las vacas y pasando las noches en los bares Ovetenses “divirtiéndome” con líos, risas y retos...

Volviendo a dirigir mi mirada triste al sillón, asimilo que he cambiado. Lo que aún no sé es si para bien o para mal.

Al darme cuenta de que se me han humedecido los ojos, giro sobre mí mismo y recorro la estantería con la mirada. No tengo ni idea de qué leer. Sin embargo, un ejemplar no muy grueso que no recuerdo haber visto antes

sobresale entre los demás volúmenes llamando mi atención. Me acercó un poco y leo en su lomo “*Todo lleva a dos enamorados*”. Sin ánimo de rebuscar entre los otros libros decido agarrar ese, y me siento.

Leo un buen rato. Pese a que el libro me está gustando, pasado un rato mi mente se desvía poco a poco hacia temas embarazosos, hasta que sacudo la cabeza y me obligo a volver al libro. “Lo siento por los *telépatas* que estuvieran escuchando...” pienso, y sonrío ante mi propia gracia.

- No te preocupes, me pareció divertido.

Dando un respingo, levanto la cabeza y me encuentro con una hermosa mujer de no más de veinte años acercándose a mí con donosura. Tras asimilar que no hay nada ingenioso que pueda responder al inesperado comentario contemplo su semblante majestuoso. Sus lujuriosos ojos felinos son de un color azul eléctrico hipnotizante, y su sonrisa es resplandeciente. Su piel parece mármol blanco, y su nariz puntiaguda forma un arco perfecto.

- ¿Lo dije en alto? -respondo finalmente, aún anonado y más rojo que cualquier hoja de otoño.

-Eso lo sabrás tú... -Ríe risueña. -Me llamo Estela.

-Encantado. Yo soy Nel. -Me esfuerzo por sonreír, aunque sigo un poco perturbado por su comentario.

Tras volver a recorrer a la joven con la mirada, olvido por completo lo inquietante de la situación. Al fin y al cabo, lo más sobrenatural es que una mujer así (y aparentemente sobria) me dirija la palabra.

- ¿Quieres ir a dar un paseo? El libro que lees es tremendamente aburrido.

Asiento con la cabeza felizmente. ¿Podría ser ella la indicada? Quizás mi historia de amor acaba de comenzar. Me alegro profundamente de que el día esté tan frío como para haberme visto obligado a acabar en la biblioteca y no puedo evitar pensar en lo conmovedor que sería conocer al amor de mi vida sentado en el mismo sillón granate en el que tantas veces sollocé por pensar que eso nunca pasaría.

-Vale. De todas maneras, me lo llevo. -Respondo finalmente, señalando el libro. Presiento que me dará suerte.

Minutos después camino de su mano, siguiéndola ciegamente. Nos alejamos de los edificios y seguimos un estrecho camino rural que no recuerdo haber transitado mientras su dedo meñique juguetea entre mis dedos. Llega un punto en el que no siento el viento ni miro donde piso, no, solo tengo ojos para ella. Es preciosa. No puedo evitar recorrer la curva perfecta de sus labios, la manera en la que su barbilla sobresale dulcemente, su apariencia delicada... No solo es preciosa, es perfecta.

A veces se cruzan nuestras miradas, y ella me sonríe dulzura unos segundos y le da un apretón suave a mi mano, mientras que yo torno la mirada al suelo cuando ya no puedo sostener la intensidad de esos ojos. Ninguno de los dos cruza palabra, como si nuestros labios guardasen fuerzas para fundirse juntos.

El tiempo parece no pasar, y embobado continúo un rato ajeno al resto del mundo mientras nos internamos en el hermoso bosque. Pero, de repente, me suelta la mano bruscamente y me aprisiona contra un roble ancho y robusto a una velocidad utópica.

-Tengo una confesión...-susurra melosa en mi oído derecho. Yo levanto mi mano derecha para acariciarle la mejilla, a lo que ella responde con un manotazo. Estela me mira con una de sus angulosas cejas enarcada y el ceño ligeramente fruncido, dejándome descolocado unos segundos.

-Oye yo... No pretendía hacer nada que no quieras. -Consigo decir, un poco avergonzado.

Con una risotada hostil de ella desaparece toda la magia del momento, y siento como si se rompiese un hechizo. Por fin reacciono, y veo el pueblo a lo lejos. Demasiado lejos.

-Pues yo pretendo hacer algo que estoy segura de que tu no quieres.

Se desdibuja su imagen inocente y mi corazón ahora late más deprisa de lo que nunca podría latir por amor. Estoy aterrorizado. Comprendo que del romance al terror había una línea fina que mi ceguera me ha hecho traspasar. Y me tengo que alejar cuanto antes, pero estoy arrinconado en el final de un espeluznante círculo de árboles. El aire se torna nebuloso a mi alrededor y el canto del viento ahora es un susurro inteligible.

- Sé que no te decides entre tus dos facetas. El machote que solo se deja ver en la discoteca, o el joven amable que no puede evitar fantasear con hacer sentir a

una mujer la protagonista de una novela romántica y ansia vivir una vida tranquila y feliz alejado de toda preocupación. A muchas de tus pretendientes les molestará... Pero a mi no.

-No entiendo qué quieres decir. -respondo con un trémulo hilo de voz.

-Es tu esencia. -continúa serena. Sus manos femeninas apresan mi cuello -Lo llevas en la... sangre.

Quizás fue el karma y lo que necesitaba era un monstruo para entender el amor. Estela se abalanza sobre mí y me atraviesa el cuello con esos dientes que a mí me habían parecido perfectos. Siento mi cuerpo caer sonoramente y me arañan la piel con las ramas. Ahora me siento como una de esas hojas de otoño que envidié. Marchito, recuerdo que no pensé en que la tranquilidad y ligereza conllevaba a una horrible fragilidad.

La muchacha se agacha, coge mi móvil del suelo y agarra mi dedo para desbloquearlo. No entiendo nada. ¿Va a llamar a una ambulancia?

-Algún día me agradecerás lo que acabo de hacer. -Dice por fin con esa voz sepulcral que me produce escalofríos, si es que puedo sentir algo en estos momentos. Mi mirada se torna borrosa mientras observo su figura perderse entre las sombras de la tarde.

- ¿Álex? ¿Me oyes?

Abro los ojos con dificultad y me encuentro con un señor de bata blanca. Tardo unos segundos en descifrar donde estoy, y entonces todos los recuerdos difusos asaltan mi mente.

-Sí. -respondo con dificultad.

Me incorporo, y me paso la mano por el cuello. Hay una marca evidente.

- ¿Cómo te encuentras?

-Bien. Más o menos.

-Me alegro. ¡En toda mi carrera no había visto semejantes desgarros por una mordedura de perro!

- ¿Perro? -Pregunto desconcertado. -Me atacó... una vampiresa.

-Te aseguro que no, muchacho. -Me rebato aguantando la risa.

-Pero...

-Descansa. -Me interrumpe. -En un rato te daremos el alta. Entretanto, puedes hablar con Sofía.

- ¿Sofía?

-Sí, la joven a la que escribiste justo antes de ser atacado.

-Yo no...

-Gracias a ella los servicios de emergencias te encontraron rápidamente. -

Continúa el doctor ignorándome. - ¿No lo recuerdas?

Callo unos segundos negando con la cabeza.

-No te preocupes, es normal estar confundido. Llevas casi dos días dormido.

Oigo la puerta de la habitación abrirse y, curioso, observo a una mujer morena de rostro aniñado que saluda amablemente al hombre de bata blanca antes de

acercarse a mí y dedicarme la sonrisa más bonita que he visto jamás. Sus incisivos torcidos me resultan entrañables, así como las pequeñas arrugas que forman sus grandes ojos color café.

-Ya os dejo chicos. Nada de besos, ¿eh?

El doctor se aleja con una sonrisa pícara, dejándonos a solas.

- ¿Cómo te encuentras?

-Bien. - Respondo, sin entender muy bien lo que está pasando. Me suena su cara de algo.

-Me alegro mucho. Me llegó al corazón saber que pensaste en mí en un momento como ese.

Su voz sincera me descoloca por completo, y dejo de respirar cuando se acerca a la camilla y me da un beso cortito y tierno ignorando las órdenes del doctor. Se aleja unos centímetros de mis labios y, al ver mi expresión perdida, agarra mi mano con delicadeza y espera unos segundos antes de continuar hablando con voz cantarina.

-Supe que esto fue el destino cuando vi *“Todo lleva a dos enamorados”* sobre la mesa. Es mi libro preferido, pero poca gente lo conoce. Unas horas tras haberlo devuelto a la biblioteca del parque recibí tu mensaje, y aquí estás tú, con el ejemplar exacto ¡Están mis anotaciones!

Sonrío y ella me devuelve la sonrisa sin dudarlo. Al final, quizás sí que el libro me daría buena suerte.

Unos años más tarde, Sofía y yo nos casamos y juntos compramos la casa en la que criamos a nuestros dos hijos. Creí que nunca más confiaría en el amor, pero lo hice. Y aunque suene extraño siempre estaré agradecido a Estela, ya que ese mensaje de texto que envió tras herirme como nadie antes lo había hecho me dio a la persona que más quiero del mundo.

Al fin y al cabo, no hay ningún cartel que te indique si estás a punto de vivir un romance o una verdadera historia de terror. Pero quien se queda en la línea, nunca va a vivir algo digno de ser escrito.

Puki.